

Elvira, con su sal, su desparpajo y su hermosura, ha de dar más guerra toda su vida que Napoleón.

—¿A quién?

—¿A quién? Ahora á sus padres y á nosotros; luego á sus novios; después á su marido, á su hermana, á cuantos vivan á su lado; tiene un geniecito, ¡que ya, ya! Hay ratos que no se puede aguantar ella misma, y rabia y patear. Eso lo he visto yo.

—¡Bah, pero es tan linda! ¡Con aquellos ojazos negros! Y no esta rubia con ojos de gato.

—Ojos de cielo, diré yo.

Y Pepa, al pronunciar estas palabras, tomó en sus brazos á María, y empezó á hacerla bailar en ellos, cantando con su gruesa voz de contralto:

Ojos pardos y negros
son los comunes;
¡los que me cautivaron
fueron azules!

—¿Y ese pelo amarillo que tiene?—objetó Juana, que realmente no podía sufrir á la pobre María.

—¿Amarillo el pelo de mi niña? ¡Vamos, no digas disparates, Juana!—exclamó Pepa, que ya se iba amostazando.—Di que rabias de envidia porque el señor me agradece los cuidados y el afán que tengo por esta niña, á quien nadie quiere. ¡Sí, no te pongas fosca! Demasiado sé yo que ra-

bias cuando oyes al señor que me dice: «Pepa, eres una buena muchacha, y no saldrás de mi casa hasta que sea para casarte bien; entonces María te regalará 2.000 reales para el mueblaje.» ¡Bah, bah! ¡Si eso lo conoce un tonto!

Y Pepa, para no dar lugar á que Juana contestase, se encaminó á la puerta con María en los brazos dando saltos, y cantando á la niña:

Esos cabellitos rubios
que se rizan en tu frente,
parecen campanas de oro
que van llamando á la gente.

Al mismo tiempo de acabar la canción, desapareció tras de la *portière* de terciopelo.

Juana, roja de ira, empezó á arreglar los muebles de la estancia con muy mal modo.

IV

HIMNO DE LA INFANCIA Y DE LAS FLORES

Siete días después era domingo y las ocho de la mañana, cuando una escena llena de belleza y de poesía tenía lugar muy cerca de Madrid.

De Madrid, cuyo suelo es tan injustamente calumniado y acusado de estéril, arenoso é infecundo, y al cual sólo faltaba agua, que ya la tiene, brazos bastantes, que no tendrá nunca, y una

voluntad decidida que haga brotar de él las flores y los frutos.

Como á unos doscientos pasos de la ermita de San Antonio de la Florida, á la orilla de un sendero que se abría paso en medio del verdor de los campos como una cinta de plata, y rodeada de plantíos de verduras y de arbolillos enanos, se levantaba, en la época de nuestra historia, una casa demasiado pequeña y modesta para llamarla palacio ó quinta, demasiado espaciosa y cómoda para que no pudiera aspirar á cualquiera de estos dos dictados.

Sus propietarios la llamaban de distinto modo: eran una simpática y bella mujer, á la que ya conocemos con el nombre de Luisa, y su marido, Isidoro de Alvareda, calavera á los cuarenta y cuatro años, mucho más que un joven de veinte.

Luisa llamaba á su casa, que era bella y alegre, *La Florida*, por estar en el sitio que lleva este nombre, ó *El Retiro*. Isidoro la llamaba *El Caserón*, *El Desierto* ó *La Tebaida*, pues la echaba de gracioso y entendido, y muchas veces lo era, en efecto.

Había otros dos seres en la casa, pequeños, gratos, adorables, que la llamaban *El Paraíso*; y no les faltaba razón, pues merecía este nombre, al menos en tanto que fuera habitada por dos ángeles como ellos.

Estos ángeles se llamaban María y Alberto. A María ya la hemos visto en casa de sus pa-

dres; pero no sería posible reconocerla ahora; tal y tan grande era la expresión de dicha, de contento, de plácida felicidad que brillaba en sus facciones delicadas y suaves.

Eran las seis de una tarde de Abril: la puerta de la casa, que era de encina esculpida y muy grande, daba paso á un patio que se había convertido en un jardín, bajo la activa dirección de Luisa y la laboriosidad de su jardinero.

Estaba cubierto de arena fina y dorada, y en el centro una fuente de pórvido, que representaba á Flora derramando flores de entre los pliegues de su velo, dejaba saltar un surtidor que se elevaba algunos pies, y luego caía en menuda lluvia, regando algunas macetas que, llenas de verdaderas flores, rodeaban la concha del pilón.

Un bosquecillo de boj recortado cercaba la fuente con su hermoso y perenne verdor, y luego había algunos arriates, formados también por boj, llenos de claveles, dalias, rosas, azucenas y jacintos, y en cuyo centro se elevaba, ya una copuda adelfa cargada de encendidas flores, ya un árbol lleno de camelias, ya un esbelto y pequeño ciprés.

Enfrente de la puerta de entrada había una escalinata de piedra blanca, que llevaba á otro patio interior, y desde aquél á las habitaciones; por aquel patio se pasaba al jardín.

Era éste una verdadera maravilla de hermosura y de vegetación lozana y voluptuosa: allí todo

era perfumes, luz, armonía; el ruiseñor trinaba en un bosque de lilas; la curruca cantaba entre unos tilos que crecían delante de un arroyuelo; algunas palomas blancas, que volaban sueltas, se posaban en un montecillo para arrullarse; y en la falda de aquel monte crecían los jazmines y las rosas enanas con tal profusión, que formaban una espesa red llena de colores y de aromas.

Un campo entero había sembrado de claveles y jacintos; y allí, en medio de él, se levantaba una casita rústica, llamada *la casita del Labrador*.

Aquel pequeño edificio era la dicha, el encanto de Alberto y de María; no constaba más que del piso bajo, que contenía una cocina muy pequeña y dentro una salita; en la primera había una vieja aldeana hilando su copo; su esposo, sentado en un escaño de madera junto al fogón, fumaba gravemente su pipa; un gato dormía cerca de la ceniza caliente; y un perrillo, sentado á los pies de su amo, le miraba con una inequívoca expresión de ternura y lealtad.

Pero todo esto era de madera: los viejos, el perro y el gato permanecían en la misma postura hacía muchos años; la mujer hilaba siempre su interminable copo; el anciano no concluía jamás su pipa; el sueño del gato era eterno, y el perro no se cansaba de mirar á su dueño.

Sin embargo, aquellos cuatro seres poseían el tierno amor de María y de Alberto, que iban á visitarlos diariamente; los niños los amaban como á

sus mejores amigos; y aquellas figuras inmóviles, silenciosas, que se plegaban á todos sus caprichos, que no se quejaban si cerraban la ventana de su humilde cocina, que no regañaban si dejaban, cuando la abrían, penetrar hasta ellos el aire y el sol de la campiña; aquel gato, siempre durmiendo con un sueño egoísta; aquel perro, que no se cansaba de querer á su amo y de decírselo con los ojos; aquel copo de estopa que jamás se acababa, personificando así que la laboriosidad es el primer deber de la mujer; aquel anciano que fumaba su pipa como el descanso de muchas horas de trabajo, todos aquellos objetos no contribuían poco á hacer formar á los dos niños ideas exactas y ventajosas de la humanidad.

María, sobre todo, cuyo carácter era tan dulce, cuyos gustos eran tan sencillos, cuyo corazón era tan sensible, cuya alma era tan angelical, se pasaba allí muchas horas mirando á sus viejos amigos, contemplando aquella cocina, con sus platos de loza blancos y relucientes, sus pucheros de barro nuevo, su tinaja cubierta con un paño blanco como la nieve y su mesita de madera blanca; luego pasaba á la estancia contigua y se sentaba, mirando con una delicia pensativa y silenciosa la gran cama matrimonial de los viejos, el arcón de madera blanca, las dos ó tres sillas de paja y la imagen de la Virgen encerrada en una urnita de cristales, unidos con tiras de papel, amarillas por el transcurso del tiempo.

¡Oh días felices de la infancia, bañados siempre de sol y de perfumes! Cuando os atravesaba la que esto escribe, veía la vida representada también por sus muñecas, á las que ella llamaba sus hijas, sus hermanas, sus amigas. Y ¡cosa extraña! ¡Jamás ocurrió á su imaginación que ninguna de aquellas criaturas inanimadas y tan queridas fuese mala ó digna de castigo! Todas las niñas eran buenas, todas las madres tiernas y cuidadosas, todas las amigas amables y llenas de mil bellas cualidades.

¿He visto después así á mi sexo? Tal vez no. Pero ¿de quién es la culpa? ¿Nace acaso la mujer tan mala como buenas y perfectas las que yo formaba de trapos y cartón?

¡Ah, no! Si cada una de las mujeres imitase en sus buenas cualidades á las muñecas que la acompañaron en su infancia; si cada una fuese modesta, retirada, sufrida; si realizase en sí propia sus candidas utopías de niña, todas serían buenas, amables, queridas y estimadas.

Pero volvamos á María y á Alberto, que se hallaban en el jardín y á poca distancia de Luisa.

Ésta, sentada en un cenador que entoldaban dos laureles y dos árboles del paraíso, se entretenía en un bordado primoroso, extendido en un bastidor muy pequeño que tenía sobre sus rodillas.

En una de las calles del mismo cenador, y acomodada en una sillita rústica proporcionada á su talla, se hallaba María dando su lección de lectura.

Tenía puesto un traje de muselina blanca con

lunarcitos color de rosa, pequeños, pero muy espesos, adquiriendo la tela con aquel dibujo un transparente y delicado sonrosado, que embellecía aún el cutis de nácar de la niña.

Los cabellos rubios de María, espesos y sedosos, se rizaban en rededor de su cuello y hombros en gruesos y lustrosos bucles; su boca, semejante á dos hojas de rosa, tenía una particular expresión de dulzura y gravedad; su frente era pensativa, y sus blancos y transparentes párpados, guarnecidos de largas pestañas rubias, cubrían sus ojos de un azul tan intenso y puro, que sus anchas pupilas hubieran podido creerse de terciopelo turquí.

Jamás había estado la niña vestida y peinada con tanto esmero, ni había parecido tan bella.

Por debajo de la angosta falda de su traje salían sus piecitos, calzados con unas botitas de dril blanco, que enseñaban una media corta de seda, listada de rosa y blanco; y de la media al encaje que guarnecía su pantalón de batista, se veía una parte de su pierna, blanca y rosada, con ese fresco satinado de la infancia.

Arrodillado á sus pies se hallaba Alberto, hijo de Luisa y de Isidoro, y por consiguiente, primo de María.

Contaba éste seis años más que su prima, y hacía poco que había cumplido los doce.

Era un niño, ó casi un joven, de cabellos castaños oscuros, ojos garzos y grandes, llenos de viveza y de fuego, y boca roja como la grana.

33888

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Su estatura elevada estaba llena de gallardía; tenía la cintura delgada como una niña, las manos blancas y cuidadas, los cabellos perfumados y brillantes; vestía, con elegancia y soltura, un traje claro de piqué inglés, compuesto de casaquilla corta con grandes botones de nácar, y pantalón ancho que dejaba ver una media de hilo de Escocia, fina como la seda, y un zapato de charol, bajo y adornado de un lazo con hebilla de acero.

El cutis de Alberto era moreno, satinado y fresco; alrededor de su cuello, fino y torneado, se doblaba el ancho cuello de batista de su camisa, y bajo él pasaba una corbata de raso azul turquí, dejando ver la pechera, lisa y cerrada con dos botoncitos de oro cincelado.

Conociase fácilmente que el amor maternal había presidido al tocador de Alberto, pues el exquisito gusto que en medio de su sencillez resaltaba, sólo podía provenir de una mujer y de una madre.

Nada más encantador que el grupo que formaban el maestro y la discípula: aquél estaba arrodillado á los pies de ésta, y la niña tenía una actitud soberana y dominante en su pequeña silla, que ocupaba como una reina su trono.

Ella era débil, pequeñita, rosada, suave como una flor á medio abrir.

Él, gallardo, atrevido, fuerte y graciosamente petulante, como el joven árbol que levanta su copa

arrogante y llena de galas y verdor en las mañanas de primavera.

La hermosura de María era la de un ángel; la de Alberto era la belleza de un héroe.

En aquel jardín, lleno de aromas y de flores, rico de luz y de armonía y exuberante de vegetación, los dos niños eran un poema que compendia todas las galas, todas las bellezas de la creación.

María, las gracias dulces, tímidas y suaves de la infancia.

Alberto, todo el gracioso orgullo, la ambición, la viveza y las aspiraciones de la adolescencia.

Ella prometía á la mujer hermosa, modesta, suave, amable y tímida como una gacela.

Él, al hombre fuerte, valeroso, intrépido, emprendedor.

Ella, los encantos del hogar doméstico, el amor, las caricias y los consuelos.

Él, el apoyo de la familia, la fuerza, la protección.

Ella, la poesía, las ilusiones.

Él, la grata, la consoladora realidad del bien y del trabajo.

¡Oh, infancia! ¡Vista así entre flores, luz y perfumes; arrullada por el canto de las aves y el murmurio de las fuentes, tú eres el himno dulce y alegre de la humanidad al Dios Todopoderoso que la ha creado!

V

LA LECCIÓN

María, con los ojos fijos en un pequeño libro que tenía en la falda, parecía contemplar atentamente las letras, pero ni una palabra articulaban sus labios.

La expresión de su adorable semblante, tan fresco, tan lindo, tan suave, era seria; pero de vez en cuando una sonrisa maliciosa entreabría su boquita, y á través de sus largas pestañas inclinadas, dirigía una mirada á su primo, arrodillado á sus pies.

—Vamos, niña—dijo Alberto, haciéndose el enfadado,—¿quieres aburrirme esta tarde? ¡Lee!

—Pues tráeme lo que te pido—respondió María con un mohín encantador de criatura mimada.

—¡Una rosa amarilla! ¡Pues no es poca cosa la comisión! No hay más que dos rosales, allá al fin del jardín, y ayer no tenían ni una sola.

—¡Es verdad! ¡Tenían un pimpollo!

—Pero, criatura, ¿tengo que ir ahora allá abajo? ¡No faltaba más! ¡Con todos eres dócil como una ovejilla, y sólo conmigo tienes unos caprichos insufribles! ¡Pero yo me tengo la culpa!

—Pues ¡ya se ve! ¡Tú tienes la culpa!—repitió la niña, cuya infantil inteligencia tergiversó el sentido de las palabras de su primo.

—Sí, la tengo porque hago cuanto quieres.

—La tienes, porque no vas á buscarme la rosa amarilla.

—¡Chiquilla, ya me voy cansando de ti!—respondió Alberto;—lo que pasa es que no sabes la lección que te señalé ayer, y así quieres engañarme.

—¡Sí la sé!—dijo María gimiendo.

—Pues ¡vamos á ver! ¡Lee!

—¡Cuando me traigas la flor!

—¿Es empeño, eh? Pues es también empeño que no la tengas, ¿estamos? ¡Y no la tendrás! ¡No faltaba más sino que este gorgojo de chiquilla me mandase á mí!

Y Alberto, después de pronunciar estas palabras con gran enojo, se puso de pie lleno de enfado, cambiando su anterior humilde postura por un aire de conquistador.

María echó á llorar con amargura.

—Pero, señor, ¿qué es esto?—dijo al mismo tiempo la madre de Alberto, presentándose en la escena;—¿ya hay disputa? ¿No te da vergüenza, Alberto, siendo tan grande, de hacer llorar á la niña?

—¿Qué culpa tengo yo de que llore?—preguntó Alberto muy hosco.—¡Llora siempre que no se sale con la suya!

—Ven acá, María—dijo Luisa con cariño;—ven, hija mía, y dime qué tienes.

—¡Que no quiere Alberto traerme la rosa ama-

rilla que hay en los rosales de allá abajo!—respondió la niña sin dejar de llorar.

—¡Que no quiere ella dar lección!—añadió Alberto con cólera; y luego, levantando la mano con un movimiento furioso, añadió:

—¡Uf! ¡Si fuera hija mía, la deshacía ahora!

Luisa tuvo un trabajo inmenso para contener la risa, y á fin de lograrlo, hizo como que escuchaba unas voces que no se oían; las pretensiones de autoridad paterna del niño eran tan graciosas, que no le era posible dominar su hilaridad.

Sin embargo, volvió la cabeza con el semblante ya compuesto, y revestido de la dulce gravedad que jamás la abandonaba.

—Hijo mío—dijo,—eso que has hecho es una mala acción; el hombre fuerte, el hombre noble y caballero, debe ser siempre el protector de la mujer, que es débil por naturaleza; él no debe vencerla con un castigo grosero, que degrada más al que le emplea que á la frágil criatura sobre quien recae, sino con la fuerza de su razón y de su prudencia; acuérdate siempre de que pocas mujeres maltratadas son buenas, y de que los verdugos sólo inspiran temor y odio, jamás cariño.

—¡Pero esta chiquilla es tan impertinente!—murmuró Alberto, que se había puesto rojo de confusión con las dulces y prudentes palabras de su madre.

—¿Qué quieres de seis años, hijo mío?—pre-

guntó á media voz la señora de Alvareda.—Además, la pobre criatura padece en su casa, y sólo aquí en la tuya puede hacer su voluntad; obra, pues, como huésped generoso, como hermano compasivo y como caballero galante, y ella obrará como niña dócil y sumisa.

Luego, volviéndose á María, añadió con dulzura:

—Vamos, hija mía; vas á dar la lección con Alberto, y luego iréis los dos á buscar la rosa amarilla, pues si es justo que él te la alcance, es justo también que tú le acompañes.

María volvió á sentarse dócilmente y abrió el libro, pero no sabía casi nada de su lección; aunque ya leía de corrido, aquel día delectó tan torpemente, que Alberto alzó sobre su madre una mirada triunfante.

—¡Bien decía yo—murmuró—que todos eran pretextos para no dar la lección, porque no la sabía!

—En efecto—repuso la señora de Alvareda,—veo que María no ha sido tan buena como tiene de costumbre, y si sigue así la volveremos á Madrid y nos traeremos á Elvira.

La niña, al oír estas palabras, se levantó, dejó apresuradamente el librito en que leía en su silla, y fué á arrojarse, deshecha en llanto, en los brazos de Luisa.

—¡Oh, tía mía!—exclamó sollozando,—¡mi querida tía: yo seré buena, yo estudiaré, ya no pedi-

ré la rosa amarilla! Sí, sí, es verdad: quería buscar un pretexto para no dar mi lección, porque no la sabía, porque no quise estudiar; ¡oh, sí, he sido mala; pero yo me enmendaré!

—Bien, hija mía, bien—respondió Luisa abrazándola con ternura;—hoy has expiado tu falta con la vergüenza de no saber la lección: en adelante ten presente que no hay culpa que no lleve en sí misma su castigo, y que nada hay más bochornoso que faltar á nuestros deberes; ahora ve con tu primo á cortar la rosa amarilla.

María, avergonzada, se separó de los brazos de su tía y dió la mano á Alberto, que la miraba con los ojos humedecidos.

Los dos tomaron una de las calles que cruzaban el jardín para ir en pos de la disputada flor; y ya habían andado algunos pasos, cuando la pequeña María, desprendiendo su mano de la de su primo, volvió atrás, echó los brazos al cuello de Luisa, y le dijo muy quedito al oído:

—Tía mía, ya no tengo afán por la rosa; pero la voy á buscar y la guardaré para una cosa.

—¿Para qué?—preguntó admirada la madre de Alberto.

—Para que me recuerde siempre—repuso la niña—que hoy fui mala y que te dí un sentimiento, enfadando además á mi primo hasta el punto de obligarle á que me amenazase.

Luisa miró á su hijo, que se había acercado también y que humilló la frente confundido.

—No es tuya la culpa—prosiguió María abrazándole con ternura;—no, no es tuya la culpa, mi pobre Alberto; es mía, que te irrité. ¡Ah, si las niñas fuéramos siempre buenas, todos nos amarían!

Después de esta pueril reflexión, que prometía, sin embargo, tanta prudencia y abnegación para cuando aquel ángel fuese mujer, volvió la niña á tomar la mano de su primo y los dos echaron á andar por la enarenada calle.

Ya estaban á alguna distancia, cuando se oyó una voz varonil y sonora que gritaba:

—¡María, María! ¿Dónde estás?

Volvióse Luisa y vió á su hermano, quien, según la ligera capa de polvo que cubría su elegante traje y sus botas, acababa de llegar.

—Mira—le dijo sonriendo y señalando al sendero, en el cual, y semejantes á dos gentiles figuras que se perdían en el espacio, se divisaban aún á los dos niños:—allá va con su primo en busca de una flor.

—¡Ah!—repuso Andrés, dejándose caer con desaliento en el mismo banco que ocupaba su hermana.—¡Ojalá, Luisa, que nuestros hijos caminasen siempre juntos por la senda de la vida, y esta hermosa tarde sería una promesa de felicidad para el resto de su existencia!

VI

CONFIDENCIAS

El silencio siguió á las palabras de Andrés. Su hermana le contempló algunos instantes con tristeza; pero nada respondió.

Él, por su parte, permaneció sumergido, al parecer, en tristes meditaciones; mas levantando al fin la cabeza, dijo á Luisa:

—¡Soy muy desgraciado, hermana mía!

—Ya lo sé—respondió ella;—pero ¿qué remedio, hermano? ¿Soy yo feliz? ¿Lo es alguno en la tierra? ¡Todos, sí, todos llevamos nuestra cruz!

—¡Es que la mía es muy pesada!—repuso Andrés con acento sombrío.

—No te ha tocado, en verdad, de las más ligeras; algunas pesan mucho..., y de esas es la tuya; y sin embargo, todos te tienen por el hombre más dichoso de la tierra; tu esposa es bonita, rica; tienes dos hijos hermosos, que se educan en París con brillantez; dos hijas preciosas; crédito, salud; eres joven y posees una bella figura.

—Todo eso podrá ser verdad, Luisa—repuso aquel hombre, cuya tristeza aumentaba con las palabras que su hermana empleaba para consolarle.—Si cuando vivíamos en compañía de mi padre, el honrado don Francisco Miranda, comerciante de paños en la Plaza Mayor de Madrid, me

hubieran asegurado la posición que hoy ocupo, lo hubiera tenido por un sueño. Hoy creería soñar una dicha inefable si oyera decir que dentro de poco tiempo volvería á estar libre y soltero, tras de aquel pobre y modesto mostrador donde yo me sentaba para estudiar en nuestra lóbrega tiendecilla.

—¡Dios mío! ¿A tanto llega tu desaliento, hermano? ¿No tienes amigos? ¿No te distraen los negocios? ¿No piensas en tus hijos?

—¡Nada de eso es bastante á disipar este vacío mortal que hiela mi alma!—murmuró Miranda con abatimiento;—¡nada de eso! Sólo hay una cosa que...

El hermano de Luisa no acabó; miró á su hermana con una especie de confusión dolorosa, y la palabra se detuvo en sus labios.

Sin embargo, Luisa, con su maravillosa penetración, con su intuición de mujer, pareció adivinar lo que su hermano no se atrevía á decir, porque en sus expresivas y bellas facciones se pintó un profundo dolor; pero sin duda que trató de disimularlo, porque, acercándose á Andrés, le dijo con una voz que trató de hacer serena y firme:

—Acaba.

—Luisa—murmuró Miranda á media voz,—te respeto tanto como te quiero, y no quisiera ofenderte con una confianza culpable.

—¿Culpable?

—¡Sí! Yo amo..., amo á una mujer que no es Gertrudis...

—¡Oh, Dios mío! Algún capricho vergonzoso, pasajero..., de esos que cada día ocupan á mi marido, de esos que pierden su casa.

—¡Pluguiera á Dios, Luisa, que fuese así!—respondió con vehemencia el padre de María y de Elvira.—¡Pluguiera á Dios que, como Isidoro Alvareda, sólo conociese esas afecciones que se pagan con dinero..., que pasan sin dejar huellas en el alma! ¡Y ojalá tu marido no conozca en tu vida más que esos caprichos, y que su corazón permanezca libre de lo que siento yo!

—¿Luego es un amor verdadero?

—De esos que sólo se acaban con la vida del que los siente; porque aunque muera la que los inspira, se adora su memoria, y su recuerdo basta para llenar la existencia y el corazón.

Calló Andrés después de haber pronunciado estas palabras con un fuego que asombró á su hermana, la buena y pudorosa Luisa; durante algún tiempo pareció ocupado en dominar su conmoción; luego prosiguió:

—Tengo cuarenta años, Luisa, y á esta edad no está aún helado el corazón. Necesitaba quien me amase y á quien amar, tanto como necesito el aire para respirar, para vivir. He hallado quien me ame... por mí, por lo que soy..., sin esperanza alguna para el porvenir... He hallado á un ángel..., y doy gracias al cielo.

—Pero esa mujer, ¿sabe que eres casado?

—No.

—¿Por qué no se lo has dicho?

—¡Oh, Dios mío! ¿Hay en el mundo quien renuncie por su gusto á la felicidad?

—¿Pero piensas hallar tu dicha en esos amores, que están fundados en el engaño y en la mala fe?

—Luisa—respondió Andrés con tristeza y gravedad al mismo tiempo,—eres injusta conmigo; pero óyeme con atención, y estoy seguro de que me excusarás.

Ya sabes que yo me casé ciegamente enamorado de Gertrudis, pues ella era tu amiga de colegio, tu íntima amiga, y yo nada te ocultaba.

Ambos éramos jóvenes y estábamos llenos de ilusiones. ¡Oh! ¡Yo, sobre todo, soñaba el cielo en mi unión con aquella niña bella, lánguida, mimada, y que parecía amarme con tan ciego exclusivismo! Yo creía que mi mujer iba á ser para mí, para nuestra casa, como ese rayo de sol puro y brillantado que en los fríos días del invierno penetra por el limpio cristal de una habitación, y todo lo dora y todo lo alegra con su resplandor y su hermosura. ¡Me engañaba! Y tú lo sabes tanto, que no necesito decirte de qué modo mi mujer ha ido sembrando en torno mío, en vez del calor y de la dicha que yo esperaba, lo helado del vacío.

Luisa, no es á mi edad ni con el temple de mi alma como se puede vivir así... Yo ansiaba á quien

amar y de quien ser amado... Mis hijos no podían aún ser mis amigos... Mis hijas sólo eran dos ángeles de quienes debía cuidar... Tú estabas lejos de mí..., y durante largos años he sufrido mucho..., mucho, en esta sociedad en que no hay amigos, en que no hay más que mordacidad y egoísmo.

Sólo hallaba placer en algunos paseos solitarios. Un día que volvía solo y fatigado, me hallé al entrar en Madrid por la Puerta de Atocha á la anciana Condesa de P. Iba á pie y sola y se detuvo conmigo.

—Me alegro de hallar á usted, querido amigo— me dijo.

—¿Por qué?

—Porque de ese modo me acompañará aquí cerca, á un callejón en el cual no he entrado en mi vida, y al que voy ahora por complacer á mi pobre hija Elena, que está enferma..., muy enferma, como usted sabe.

Y aquí la Condesa, recordando la tisis incurable de su hermosa hija, enjugó una lágrima; luego prosiguió:

—Esta noche quiere ir á un baile y llevar una corona de capullos de rosa de musgo; ha visto una preciosa á su esposa de usted, y, según me han dicho, se la ha hecho una florista que vive aquí; yo voy á ver si podrá armar otra igual para mi Elena, pues no me perdonaría nunca, si me llegase á faltar, el no haberla complacido en todo lo posible,

—Acompañaré á usted, señora—dije á la pobre madre, ofreciéndole el apoyo de mi brazo.

Ella consultó unas señas que llevaba escritas en su cartera de letra de Gertrudis, y pronto hallamos la casa, calle de San Juan, núm. 40, cuarto 3.º

La escalera era mala y oscura; pero al abrir la puerta de la habitación de la florista, un perfume de limpieza y de buen gusto llegó hasta nosotros.

Una criada nos recibió y nos preguntó á quién buscábamos; cuando respondió la Condesa que á una florista, exclamó:

—¡Ah, ya! A la señorita Mundeta, ¿verdad?

—No sé cómo se llama—respondió la Condesa;—pero busco á la florista.

—Se llama Raimunda; sus papás, por abreviar, la llaman Munda; pero como es tan joven y tan graciosa, acabaron por llamarla Mundeta. Voy, voy á avisarla.

Desapareció la criada tras una *portière*, y un momento después, separándose los pliegues de la cortina, dejaron paso á un rostro de ángel, que con una dulcísima voz nos invitó á pasar adelante.

Entonces nos hallamos en presencia de una joven que podría tener diez y seis años, de talla mediana, de cabellos castaños, tez de nieve y rosa y grandes ojos negros.

Todo en ella respiraba pudor, gracia, dulzura.

Todo en ella llevaba el sello de la dignidad modesta y suave que conviene á la mujer. Al vernos, su dulce rostro se vistió de carmín, y sus

rasgados ojos, llenos de ternura, se inclinaron al suelo.

La habitación donde entramos era su gabinete de trabajo; estaba amueblado con una sencillez muy cercana á la pobreza; á un lado del balcón, una señora, ya de edad, trabajaba en un encaje de aguja.

Madre é hija nos hablaron con dulzura y cortesía, y nos rogaron que nos sentásemos; luego la joven suplicó á la Condesa le dijese en qué podía servirla, y después de oír lo que deseaba, Mundeta se levantó y fué á un armario de cristales, volviendo con algunas coronas de flores suspendidas de sus afilados dedos.

Una de aquellas era la que convenía al gusto de la Condesa. La tomó, y al preguntar cuál era su precio, la joven bajó los ojos encarnada y confusa, y su madre contestó por las dos:

—Sólo vale, señora, aquello en que usted quiere estimarla.

—¡Pero eso no es justo!—repuso la Condesa. —Esta señorita debe estimar su trabajo en lo que le parezca conveniente.

—Jamás lo ha hecho. Sobre la mesa de la antesala hay una caja, donde las señoras que nos favorecen depositan lo que es su voluntad.

La Condesa y yo nos miramos asombrados, y después de algunas palabras más, nos despedimos de la madre y de la hija.

En la antesala estaba, en efecto, colocada sobre

una mesa una caja de caoba con incrustaciones de plata, y cerrada, como lo están los cepillos de las parroquias, con una hendidura para echar las monedas por la parte superior; la Condesa introdujo por allí media onza de oro, y yo, sin que me viese, dejé caer una moneda igual.

Salimos de aquella casa llenos de admiración, pues una delicadeza tan extremada podía exponer á aquellas dignas mujeres á muchos chascos de mal género. Así nos lo dijimos mutuamente la Condesa y yo, que volví á mi casa fuertemente preocupado con la imagen de Mundeta.

Nada había yo visto, en efecto, tan hermoso, tan noble, tan puro como aquella criatura. Desde el instante que salí de su casa, mi pensamiento se fijó en esta sola idea: volver á verla.

No hallé ningún pretexto para ello, por más vueltas que di á mi imaginación; pero no pudiendo dominar la voracidad de mi deseo por lograrlo, me dirigí un día á su casa, y llamé con precipitación.

Una vez en presencia de Mundeta y de su madre, dije que había ido para ver si había dejado caer una carta; ellas me dijeron que no, y después de un rato de conversación, me despedí, diciéndome su madre que era dueño de volver cuando gustase.

Dejé pasar dos días, y en la noche del tercero fuí con unos libros que Mundeta había dicho tener deseo de leer. Ella trabajaba en sus flores;

su madre en un encaje. Entonces me ofrecí á leer en voz alta para distraerlas, lo que aceptaron con gratitud.

Así pasaron dos meses. Un día hube, sin embargo, de hablar de mi pasado y de mi presente... Me vi amenazado de perder á Mundeta, y temblé... Mi corazón pudo más que mi deber, y mentí... Dije que era viudo, y que sólo había estado casado algunos meses... Que era libre, pero pobre, y que vivía, como ella, de mi trabajo.

Desde el día en que les hice esta mentida confianza, madre é hija parecieron aliviadas de un gran peso.

Sobre todo, Mundeta se mostró mucho más tierna, más expansiva, y el día en que se escapó de mis labios la declaración de mi amor, me dijo con la mayor sencillez:

—Yo también amo á usted con todo mi corazón.

Desde aquel día fuí dichoso; pero en la soledad de mi cuarto pagaba aquella ventura con crueles remordimientos. Mi conciencia y mi honor gritaban sin cesar y me acusaban de traición y falsedad. Pero ya no podía retroceder, porque Mundeta es el último y el más hermoso amor de mi vida, bien así como las flores que brotan en Octubre son las que tienen más larga duración y más fuertes perfumes.

Calló Miranda, y su hermana le contempló algunos instantes con una conmiseración profunda.

—¿Cuánto hace que has conocido á esa joven?
—le preguntó, rompiendo la primera el silencio.

—Un año—respondió Andrés con voz baja y triste.

—De ese modo, el amor que te profesa debe ya haber echado hondas raíces en el corazón de esa infeliz criatura.

—No lo dudo, Luisa; ella me ama mucho. Yo soy para ella como el fuerte roble que sirve de amparo y de sostén á la joven hiedra que brota á su pie. ¡Si yo la abandonase, creo que moriría!

Unos alegres gritos que se oyeron en la calle de árboles por donde habían desaparecido Alberto y María, cortaron la palabra de Miranda. Luisa se levantó para ir á dar algunas órdenes, y bien pronto aparecieron los dos niños.

—Aquí vienen los dos primos muy alegres—dijo Luisa, deseando distraer á su hermano con una sonrisa; y luego, mirando hacia otro sendero, añadió:

—Y aquí viene también mi marido. Te dejo con él y con los niños, Andrés, y te ruego que hagas por distraerte de tus amargas cavilaciones. Dios es justo, no abandona á los que luchan y les da la victoria.

La señora de Alvareda se alejó, dichas estas palabras, al mismo tiempo que entraban en el cenador su esposo y los niños por diferentes calles.